CAPÍTULO XXXIV. *Del entierro y obsequias que se le hicieron al emperador y monarca de este imperio chichimeco y aculhua; y se declara ser usanza antigua*

TODAS LAS NACIONES de el mundo han tenido modos particulares de enterrar los cuerpos de sus difuntos (como en otro lugar se dice), pero el que estos chichimecas usaron fue quemarlos; y por esta causa, luego que Xolotl murió le sentaron en su silla y real trono, donde le tuvieron cinco días hasta tanto que todos los señores más principales del imperio pudiesen llegar, para hallarse presentes al entierro y honras que se le habían de hacer (como acostumbraban); los cuales pasados y habiendo venido la gente dicha, vistiéronlo de sus vestiduras reales y adornaron su cuello de muchas joyas de oro y piedras de valor y estima y sentáronlo en otra silla que tenían hecha de incienso y otros olores y perfumes y plumas de colores varios y ricas; y haciendo una hoguera de mucha leña echaron en ella el cuerpo, el cual, quemado y convertido en ceniza la recogieron toda, y metida en una caja pequeña y bien labrada de piedra dura, tuvieron aquellas cenizas que decían y manifestaban ser del grande emperador Xolotl, otros cuarenta días, en una de aquellas principales salas de su casa; en cuya presencia lloraban y lamentaban todos los señores que presentes se habían hallado, con grandes muestras de sentimiento, en especial sus hijos, que más que los otros lo habían perdido. Pasados los cuarenta días llevaron la caja con las dichas cenizas a una cueva que no muy lejos de la dicha ciudad está y allí la pusieron con grandísimo acompañamiento y ceremonias que para semejantes actos se inventan, cuyo dejo y despedida fue con muchas lágrimas y demonstraciones de tristeza; y con dejarle en la cueva destituido de la compañía de los hombres y muy acompañado de los demonios (a quien en vida había servido) se volvieron a palacio acompañando al rey y príncipe Nopaltzin para haberle de jurar y reconocer por monarca.

CAPÍTULO XXXV. *De la jura de el rey y monarca Nopaltzin, hijo de el gran emperador chichimeca Xolotl*

UNCA EN LAS MONARQUÍAS y reinos supremos, cuyo emperador y monarca fallece y muere, dejando legítimo heredero y sucesor, se ve que las lágrimas que se derraman por el difunto corren en general a ser muchas por mucho tiempo; pues es verdad conocida que la sucesión del nuevo rey y señor las aplaca y enjuga. Esto vemos cumplido en esta nación chichimeca y aculhua que si lloraron por Xolotl cuando murió, sólo duró su sentimiento hasta que lo enterraron y hicieron la celebración de sus obsequias, las cuales pasadas y vueltos a Tenayucan juraron a Nopaltzin por supremo y universal emperador y rey de aquellas naciones, a cuya

jura asistieron, no sólo los señores que a la muerte y entierro de su padre se hallaron, sino todos los que eran de más cuenta y estimación en el reino; la cual regocijaron y festejaron muy cumplidamente por espacio y tiempo de cuarenta días, los cuales pasados mandó el rey que todos se volviesen a sus ciudades y pueblos, de donde habían venido y asistían, no haciendo por entonces innovación en cosa ninguna, dejándolas todas en el ser que antes estaban.

Con la licencia que Nopaltzin dio a los nobles y señores para volverse a sus tierras, la tomaron ellos de irse a despedir de él, lo cual hicieron todos juntos o los más, diciéndole estas palabras: gran señor y emperador nuestro, con la licencia que nos habéis dado nos atrevemos a volver a vuestros pueblos y ciudades para regirlas y gobernarlas como vasallos y criados vuestros, llevando en el alma el contento de haberos visto en el trono que merecéis y el que os es debido por ser hijo de quien sois; y confesamos a una, que es gran bien el que el cielo nos ha hecho de hacernos dignos de tan alto y poderoso señor. Gozad, señor, vuestra buena suerte y fortuna, como aquel que también la ha merecido; y os suplicamos que nos miréis con ojos de padre y nos amparéis como poderoso para que a vuestra sombra vivamos; pues sois agua preciosa, y fuego abrasante e invencible, muerte y vida para nosotros. A estas palabras respondió el nuevo rey, de esta manera: agradecido me hallo (amados hijos y hermanos) del servicio que me habéis hecho y del amor que al difunto mi padre habéis mostrado; y aunque digo que es servicio mío por razón de la memoria en que me tenéis puesto, también confieso que es honra vuestra, pues honráis en esto a vuestro hermano, hijo de vuestro padre y nacido entre vosotros; y como sé conocerlo y estimarlo, sabré también agradecerlos; idos a vuestras provincias y ciudades llevando escrito en vuestra memoria que sois mis tenientes, como lo fuisteis de mi padre. De esta manera se despidieron y fueron a sus provincias quedándose con el rey su hermana viuda, mujer de Chiconquauhtli, que era señor y rey de Xaltocan.

CAPÍTULO XXXVI. *Donde se dice y declara el origen y principio de las disensiones y enemistades que estas gentes tuvieron entre sí con que comenzaron a hacerse guerra*

O ESTABAN LOS CORAZONES de los señores y caciques de estos tiempos tan conformes como en el principio de su población y venida según hemos visto por los capítulos pasados; porque es fuerza que en la multiplicación de las gentes y en la variedad de las condiciones haya diversidad de gustos y deseos encontrados, de cuya contradición nacen enemistades y disensiones, las cuales comenzaron entre estas gentes a pocos años antes de la muerte de Xolotl; cuyo principio se conoce en la pelea de Culhuacan, cuando Nauhyotl se puso en arma contra el príncipe Huetzin para no reci-